

LOS DISCURSOS PEDAGÓGICOS QUE GENERAN Y LEGITIMAN LA VIOLENCIA CONTRA NIÑOS, NIÑAS Y JÓVENES

Isela Ramírez Madrigal¹

RESUMEN

En esta ponencia presento imágenes de situaciones cotidianas en contextos de las molestias físicas en los niños, niñas y jóvenes que se comparan con los contextos del dolor emocional. Me refiero a la forma como se va construyendo el lenguaje a partir de contextos

emotivos (contextos de los discursos violentos y las palabras nuevas).

DESCRIPTORES

Molestias físicas, molestias emocionales, discursos, lenguaje

Compartir una preocupación

Quiero compartirles una preocupación que me ocupa constantemente en todas mis dimensiones: como mujer que tiene muy presente su propio proceso de escolarización, formación familiar

1 La máster Isela Ramírez Madrigal es profesora de Religión y Ética, así como psicopedagoga y comunicadora social. Del año 1999 al 2007, laboró como docente de colegios privados y públicos con población semiurbanomarginal y semirrural marginal. Del año 1996 hasta el 2000, se desempeñó como promotora de procesos educativos no formales en población joven en riesgo.

y religiosa; como madre de un niño de siete años; como docente de secundaria en los sistemas formal e informal, y como profesional que trabaja actualmente en comunicación en una empresa privada. A lo largo de mi reflexión, podrán sentir cómo se acentúa alguna de esas dimensiones o cómo se entremezclan.

La intención de compartir una preocupación que, creo, no es solo mía es la de verbalizarla, decirla cada vez más para asumirla, confrontarla, procesarla, para poder hacer concreto algo que ha sido meramente simbólico como la violencia en los discursos educativos, en el lenguaje escolar.

Iniciaré con imágenes cotidianas para mí y estoy segura que para ustedes en el ámbito escolar y hasta familiar:

Cuando un o una estudiante escolar o incluso colegial presenta alguna molestia física o sufre un accidente, generalmente podemos ver claramente los síntomas, identificarlos, discriminarlos entre otros posibles. Aun si no los viéramos, los niños y las niñas desde temprana edad ya nos dicen qué partes del cuerpo les duelen o se han golpeado, pues desde bebés una de las primeras cosas que se nos enseña es a identificar las partes de nuestros cuerpos. Una vez con conocimiento de la molestia, inmediatamente se actúa, se busca la medicina, se le da la atención que necesita; si lo amerita, se llama a la familia, la cual, si es algo de consideración, acude rápidamente.

Lo positivo de este tipo de dolencia es que generalmente se atiende pronto, incluso con medicamentos que alivian de inmediato; si es necesario, se visita al médico, quien pronto determina el mal y receta el medicamento específico para el malestar, y las consecuencias muchas veces se disipan pronto. En caso de acci-

dentes como cortadas en la piel o quebraduras, la recuperación implica semanas, pero a mediano plazo el escolar o la escolar o colegial se recupera con mínimas secuelas. Todo lo anterior en casos generales.

En estas situaciones de dolencias físicas, no hay mucha discusión cuando una persona docente comunica a la familia, no se cuestiona para nada la situación que reporta la escuela, pues es de lenguaje común un dolor de cabeza, una náusea, diarrea, males como esos. Es más, la familia acata las recomendaciones médicas con mucho respeto y se vigila que la escolar, el escolar, la joven o el joven cumpla con las indicaciones médicas.

Pero cuando se trata de de una dolencia emocional, ninguno de los procedimientos anteriores puede cumplirse tan fácilmente o por lo menos con el compromiso o preocupación que una dolencia física implica.

Veamos esto: cuando un estudiante o una estudiante tiene una dolencia emocional y está en un salón de educación pública como los nuestros, que puede contener de 35 a 45 personas, con quizá 10 o más de adecuación curricular no significativa o de acceso y a veces además con dos o tres que requieren adecuación curricular significativa, no es fácil como docente enterarse de estudiantes con este tipo de molestia.

En la mayoría de los casos, estas personas esconden su molestia tras conductas desafiantes en la clase o bajo rendimiento, desinterés por el estudio, conductas agresivas o simplemente pasan inadvertidos. Sabemos que, en casos menos frecuentes, estas estudiantes y estos estudiantes lo comunican con dificultad para

verbalizar lo que les pasa o lo que están sintiendo. Y es que no es nada fácil pues, para empezar, no se nos enseña a comprender y expresar nuestras emociones: sabemos indicar que duele la cabeza, pero no el corazón.

A esta dificultad se le unen los discursos religiosos tradicionales, que nos hacen memorizar desde pequeños y pequeñas, donde se relacionan los males emocionales con la falta de Dios o con la presencia del mal, como una forma de castigo divino para quienes los padecen. Es muy difícil para una persona joven verbalizar algo que le sucede como una agresión intrafamiliar, pues muchas veces se liga socialmente a la vergüenza.

Pero, aun con todas estas limitantes, si se ha identificado un estudiante o una estudiante con una molestia emocional y se llama a la familia, la experiencia me ha enseñado que, a menos que sea algo impactante como una fuerte depresión o confesión de intención de suicidio, ¡la mayoría de las familias no acuden pronto y con el interés que genera un vómito o una diarrea! Además, el tratamiento para una dolencia emocional (si se llegara a diagnosticar y/o a tratar) no sería tan fácil, pues generalmente implica terapias, charlas con la familia y otras formas que significan tiempo y compromiso, lo cual es más engorroso que una píldora o una cucharada de jarabe. Y pensemos en las secuelas de estas molestias: algunas se quedarán mucho tiempo como una piedra en el zapato; otras acarrearán más males, pues muchas veces para evadir un dolor se buscan salidas rápidas y fáciles que pueden ser perjudiciales.

Después de presentar estos dos escenarios, me impacta reconocer que vivimos en un mundo donde la ciencia ha avanzado enormemente en el tratamiento y la cura de muchísimas enfermedades

físicas. Pero, al mismo tiempo, parece que nuestra cultura posmoderna y urbana nos genera nuevos males emocionales, para los cuales la mayoría de los medicamentos son paliativos.

La conciencia de nuestras emociones no formado parte de nuestro lenguaje ni de nuestro sistema educativo, y ese es un tema que se viene discutiendo desde hace algunos años con mucha fuerza. El hecho de que la educación posee una dinámica centrada en el conocimiento intelectual y no emocional es un acto de violencia en sí mismo.

Que luego de seis años en la escuela y cinco en el colegio una persona posea el conocimiento básico de reglas ortográficas, fórmulas matemáticas, memorización de datos históricos y demás información “objetiva, científica y técnica”, sin poder siquiera expresar sus emociones y conocer su repertorio de sentimientos bajo determinadas situaciones, es violentar la dimensión humana de las personas.

Todo el proceso anterior se me fue aclarando cuando inicié el capítulo práctico de mi trabajo de graduación de la Maestría en Psicopedagogía. Inicié conociendo la teoría del desarrollo moral de Lawrence Kohlberg (1988) en las personas jóvenes, generé debates y dilemas morales para escuchar y leer las justificaciones que formulaban los estudiantes y las estudiantes del grupo con el que trabajé.

En un primer momento no lograban, verbalmente ni por escrito, comunicar lo que sentían y pensaban ante una situación que confrontaba dos emociones y razones opuestas entre sí sobre cuestiones cotidianas significativas; generalmente estas personas jóve-

nes partían de dichos comunes o frases construidas socialmente: “Como lo que decía el sacerdote...”, “En la Biblia dice...”, “El pastor en el culto dijo...”; no podían externar una respuesta que involucrara sus propios sentimientos o ideas. Con ejercicios de autoconfianza, autoestima, y reflexión, los juegos de compartir y demás espacios que generé en los talleres que implicó mi trabajo, fui logrando que, al escribir de forma individual, expresaran cada vez más lo que ellos y ellas pensaban sobre los dilemas morales, aunque fue mucho más lento este proceso en el espacio de los debates grupales, pues imperaba la timidez de hacer pública la opinión ante una masa que tendía a descalificar a las personas y no debatir el argumento.

¡Esta es mi preocupación!

Una sociedad de personas con dominio en el funcionamiento de máquinas, instrumentos, lenguaje matemático y negocios, pero para quienes sus propios sentimientos son tan misteriosos que causan temor, con una educación que trata a niñas, niños y jóvenes como operarios de este conocimiento sin comprometerse con su desarrollo humano: esta es la primera forma de violencia institucionalizada.

El problema se hace evidente cuando estudiantes que, por razones personales o circunstanciales, sufren algún tipo de dolencia emocional prolongada que no pueden superar y esto repercute negativamente en el desempeño académico.

La formación profesional docente no nos prepara para educar a personas con sentimientos, sino con pensamientos. Esta carencia muchas veces hace de nuestro proceder un conjunto de

acciones violentas (sin la plena conciencia de ello). Por ejemplo, se etiqueta a los estudiantes, se personalizan los problemas emocionales, se excluye a estas personas, se buscan las medidas rápidas de represión. Es la forma en que se nos ha enseñado o se nos presiona para reaccionar: por la limitación de tiempo, espacio, de reglamentación o procedimiento y muchas otras.

Recuerdo el episodio de un colegio de Heredia donde fui a dar una charla a un grupo de sétimo grado compuesto en su mayoría de estudiantes que repetían el año; varios de ellos externaron delante del grupo que “eran el cáncer del colegio”. La mayoría de los compañeros asentían con la cabeza, mientras otros lo verbalizaban en diversos momentos. Y al preguntar por qué pensaban eso, expresaban lo siguiente: los profesores así lo decían en las clases con ellos. Cuando describí la situación al cuerpo de docentes la respuesta fue de asombro y preocupación, pues no asumía directamente ninguna conducta que comunicara eso al grupo.

Entonces comenzamos a revisar el lenguaje... Empezamos por externar nuestros propios sentimientos cuando nos acercábamos al grupo estudiantil y comenzaron a brotar sentimientos de desesperanza, frustración e impotencia por parte de la directora y las personas docentes. Y a partir de esa revisión empezamos a reconstruirnos también como personas primero y luego como docentes. Pasamos a determinar con claridad los problemas frecuentes en el grupo, a determinarlos por separado y a despersonalizarlos de los chicos y chicas

Ese fue el primer paso para ayudar al grupo: tomar conciencia de nuestros sentimientos como docentes, pues ellos generan el lenguaje que utilizado con los estudiantes y las estudiantes.

Al reflexionar acerca de la construcción emocional de nuestro lenguaje dentro de la clase con este grupo, se hizo conciencia de la carga emocional que produce no solo el lenguaje del propio alumnado, sino también la interacción entre ellos y con el personal docente.

Discursos educativos que generan y legitiman la violencia en contra nuestra niñez, y juventud

- Discursos en los cuales la humanidad y el arte se han desplazado para privilegiar el conocimiento técnico y de idiomas, promoviendo la educación como medio para ascender económicamente sin propiciar un real desarrollo humano.
- Discursos que promueven la elección profesional en aras de políticas económicas de un país, no de una vocación, deseo o aptitudes personales que les generen a las personas satisfacción respecto de lo que hacen al mismo tiempo que se ganan la vida.
- Discursos adultocéntricos, que han olvidado los intereses y las necesidades que se tuvieron en la infancia y la adolescencia, descalificados ahora por la visión adulta de la vida.
- Discursos excluyentes de estructuras sociales que rechazan las manifestaciones culturales emergentes.
- Discursos cuantificadores, que privilegian la medición del conocimiento, sin generar espacios para el disfrute y la exploración de nuevas ideas e inquietudes.

- Discursos basados en creencias, como es el caso de algunos criterios religiosos que, por interpretaciones descontextualizadas, violentan derechos fundamentales como ser feliz y amar.
- Discursos educativos comerciales mediante los cuales, por ganar dinero, escuelas y colegios privados enseñan a sus estudiantes a lograr las cosas fácilmente apelando a los recursos económicos de sus padres, sin valorar esfuerzos intelectuales o humanos.
- Discursos competitivos que promueven el aprendizaje individualizado en lugar del cooperativo.
- Discursos políticos que promueven contenidos con poca profundidad histórica y crítica de la construcción de la identidad nacional y latinoamericana.
- Discursos en que se les niega, a las personas jóvenes, la educación sexual y el derecho de apropiarse, cuidar y conocer su cuerpo. Ya es demasiado dañina la educación carente de formación en el aspecto emocional como para que, además, promuevan la ignorancia en cuanto al cuerpo y la sexualidad.

**Volviendo a mi preocupación y a la pregunta de la charla:
¿Es posible decir palabras nuevas?**

Se están diciendo palabras nuevas como “adecuación curricular”, “déficit atencional”, “evaluación psicopedagógica”, “discapacidad intelectual”, “terapias” y demás, pero esas palabras

nuevas no disminuyen de forma importante el problema, pues en la práctica cotidiana pude observar que estas palabras se convertían en procedimientos que se llevaban a cabo dentro del marco de lo intelectual, fortaleciendo la concepción de proceso educativo como un medio para obtener conocimiento, aun con ciertas adecuaciones.

¿Pero las emociones? El estado de ánimo con el que se llega a la escuela o colegio a estudiar no se plantea dentro de las nuevas palabras.

¿Por dónde empezar?

- Tomando conciencia de la labor de docente, quien no es simplemente una persona que transmite conocimiento, cumple horario y gana un salario; tampoco es el doctor, psicólogo, niñoero o padre de familia. Tiene necesidades y días muy duros en los cuales no puede sólo entrar a una clase y sonreír como si fuera un robot.
- Visualizando que el estudiante de colegio puede comprender la dimensión humana del docente y apoyar en la construcción del lenguaje cotidiano.
- Empezando, en la infancia temprana, a conocerse a uno mismo identificando patrones de conducta, repertorios emocionales y demás procesos emocionales.
- Reconocernos como docentes que primero somos personas con limitaciones y necesidades.

- Reconociendo, en el adolescente y la adolescente, a una persona en un proceso de cambio constante de la cual no podemos esperar una conducta estable como la de las personas adultas.
- Viendo a las estudiantes y a los estudiantes como aliados, sin personalizar determinadas conductas que pueden ser pasajeras, ya las etiquetas que se les imponen pueden durar años.
- Ofreciendo ayuda, más que imponiendo medidas disciplinarias.
- Tratando de individualizar los problemas y las soluciones mientras se pueden consensuar las medidas de atención a situaciones generales.
- Procurando el diálogo con los alumnos y las alumnas mediante un lenguaje que no implique una sensación de poder o superioridad siempre de parte de la persona docente.

Conclusión

Los aportes anteriores son ideas mediante las cuales, con los aportes que de estos días surjan con el seminario, podemos ir generando movimientos de lo racional a lo emocional y a lo pragmático, que es una necesidad para eliminar poco a poco la violencia en el discurso educativo.

Verbalizando las preocupaciones como docentes, así como nuestras emociones y procesos internos, podemos ir construyendo un

lenguaje común de emociones compartidas de manera que, al verbalizarlas, podamos ver más claramente el impacto de nuestro lenguaje en las personas jóvenes.

Tener presente la carga emocional que posee nuestro lenguaje nos hace más conscientes de los procesos emocionales que vive el estudiantado y que se refleja no sólo en su lenguaje, sino también en la interacción entre los otros alumnos y alumnas.

La violencia en los discursos educativos por lo general tiene dos fuentes: la fuente personal, que es la violencia que las personas docentes le impregnamos de forma consciente o inconsciente por nuestro proceso interno personal y por la manera en que experimentamos la dinámica escolar, y la fuente externa, que se refiere a las condiciones en las que se ven obligados a estudiar nuestras personas jóvenes dentro del sistema educativo (los contenidos, las carencias y demás).

Empezar por ir develando los procesos internos que construyen nuestro lenguaje es el paso más importante, pues esto implica ir trabajando con el tipo de violencia que genera dolor emocional en nuestras niñas, niños y jóvenes.